

Lingüística y cotidianidad

•

Lingüística y extraordinariedad

Leonardo Laverde B.



¿Qué hay más cotidiano que el lenguaje? Está presente en todos los momentos de nuestro día. Con el lenguaje amenizamos nuestro tiempo en la ducha, apostrofamos nuestra imagen en el espejo; saludamos a parientes, vecinos, transeúntes y compañeros de trabajo; satisfacemos nuestras necesidades más básicas (“Oye, portugués, una empanadita ahí”); trabajamos, nos divertimos, contamos chistes, chismes, vemos televisión, jugamos videojuegos; con “labia” enamoramos y nos dejamos enamorar; el lenguaje nos acompaña incluso en nuestros sueños. Es parte de nuestro día a día. Siendo así, parece inevitable establecer un vínculo entre la lingüística, la ciencia que estudia el lenguaje, y la cotidianidad. Sin embargo, también se podría hablar, con toda justicia, de la lingüística y lo extraordinario, o si me permiten, de lingüística y extraordinariedad. Y eso por dos razones. En primer lugar, si bien el lenguaje es cotidiano, no por eso deja de ser un fenómeno extraordinario. El hecho de que podamos hablar, de que un grupo de primates de las sabanas del África subsahariana (donde, según la arqueología, la genética y la propia lingüística, aparecimos por primera vez), sea capaz de trascender las formas más básicas de la comunicación para reír con el Quijote,

llorar con Julieta, interrogarse sobre el sentido del universo, podría perfectamente calificarse como un milagro. Y tal vez por ello, si nos fijamos, algunas de las más influyentes teorizaciones en el campo de la lingüística moderna han nacido a partir del asombro. Cuando Ferdinand de Saussure se dispone a estudiar el lenguaje, se encuentra con un



Leonardo Laverde, profesor de Lingüística, coordinador del Protocolo EIM, da instrucciones a Sydnee Peña para que actúe, mientras presenta sus reflexiones sobre la cotidianidad del lenguaje

objeto tan complejo, tan “multiforme y heteróclito” –¿no son palabras muy cotidianas, eh?– que se ve obligado a crear esa rejilla de dicotomías a veces increíblemente abstractas, paradójicamente para intentar darle algún grado de inteligibilidad. De igual manera, Noam Chomsky construye su teoría de la gramática universal, entre otras cosas motivado por el asombro que le causaba que, un niño, partiendo aparentemente de cero y con un mínimo de exposición, lograra en menos de dos años dominar las bases de algo tan complejo como el lenguaje. No menos se asombraba Paul Grice de ese milagro cotidiano que ocurre en cada conversación, y que consiste en que varios hablantes, a partir de un insumo tan parco como la información codificada en el enunciado, sean capaces de construir situaciones comunicativas tan complejas y a la vez tan completas. Por esa especie de magia, que tantos autores han intentado explicar, cuando le decimos a alguien: “Oye, ¿y cómo tú sabes que La Guaira es lejos?”, en la inmensa mayoría de los casos, esa persona logrará identificar los referentes e inferir correctamente nuestra intención comunicativa, que desde luego, no tiene nada que ver con el número de kilómetros que nos separa del puerto. Mis estudiantes suelen asombrarse (y yo, desde luego, intento propiciar ese asombro), cuando se dan cuenta de la cantidad de procesos fónicos, morfológicos, sintácticos, semánticos y discursivos que operan de manera inconsciente en el más simple de los enunciados, en el más iletrado de los hablantes, en la más coloquial de las situaciones.

Todos estos son verdaderos prodigios pero, como sucede en las novelas del realismo mágico, no llaman la atención de nadie. Porque en nuestra vida cotidiana, el lenguaje es algo accesorio, algo que se da por sentado, el vehículo en el que no pensamos, porque estamos demasiado concentrados en lo que nos aguarda en nuestro destino. Es el estudioso del lenguaje quien, siendo un ser humano como los demás, es capaz de distanciarse y practicar un ejercicio de extrañamiento de eso que hasta entonces nos resultaba tan familiar. Un eslogan oficial nos promete hacer de lo extraordinario algo cotidiano. Con la lingüística, y en general con la ciencia, ocurre un poco a la inversa: lo cotidiano se puede hacer extraordinario. El lenguaje se hace metalenguaje, el vehículo se hace protagonista y el medio se convierte en el referente.

Por ejemplo, el ciudadano común no acostumbra pensar que su lenguaje coloquial, cotidiano, pueda ser algo digno de elevar al pedestal de los objetos científicos. Recuerdo a Isabel la Católica cuestionando a Nebrija. ¿Gramática del español? ¿Y eso como pa qué? Últimamente, yo he estado leyendo el *Diccionario del habla actual de Venezuela* de Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez (2005). Y, aunque soy profesor de Lingüística y conozco la índole de los estudios de esta disciplina, me sigue resultando fascinante ver cómo obtienen

tratamiento lexicográfico expresiones tan criollas como “botaste la bola” o “ahora sí que se puso la arepa cuadrada”. También es sorprendente ver cómo ese uso que considerábamos tan normal, natural, general, en realidad puede ser local y peculiar si lo comparamos con el resto del ámbito hispanoparlante. Otro aspecto fundamental de la lingüística es que es una ciencia, y la ciencia es un discurso que, en principio, no tiene nada de cotidiano. Si bien la ciencia forma parte de un proceso común a toda la experiencia humana, que es la búsqueda de información, utiliza un método sistemático que no es fácil de aplicar sin entrenamiento. Mientras que el lenguaje cotidiano es polisémico, rico, ambiguo, y refleja la experiencia subjetiva de los hablantes; el discurso científico es (o pretende ser) preciso, unívoco, y nos ofrece modelos de la realidad que intentan ir más allá de la apariencia. Las ciencias poseen sus propios vocabularios, y aunque algunos términos se basen en las unidades léxicas del lenguaje cotidiano (algo que sucede especialmente en el metalenguaje lingüístico) no necesariamente comparten sus significados. Con todos estos antecedentes, no es de extrañar que cuando los estudiantes se enfrentan por primera vez con la perspectiva y el lenguaje de esta disciplina, con tantas dicotomías, categorías, discusiones teóricas y terminológicas, su primera reacción sea de completa estupefacción. Pero si ese estudiante es aplicado, si es un buen estudiante, también ocurrirá el proceso contrario: esa mirada metalingüística, que en principio provoca tanta desazón, con el tiempo se volverá algo cotidiano. Nuestro estudiante se volverá un implacable cazador de gazapos, se regocijará con la interpretación de los sentidos ocultos en las palabras, compartirá curiosidades lingüísticas en Facebook, se unirá a mi grupo *Lingüística y Traducción* (valga la cuña), ¡escribirá para *Ritos de Ilación!*, se unirá a *Investigación en idiomas* o, finalmente, publicará su propio blog sobre el tema y nos hará competencia a todos nosotros. Y cuando llegue ese momento, no solo el lenguaje formará parte de su vida cotidiana; la ciencia lingüística también lo será.

Profesores de la Cátedra de Estudios Lingüísticos preparan el rally *La ruta del Quijote*, de der. a izq, Leonardo Laverde, Rosvigis Cordero e Indira Valentina Réquiz



Por otra parte, debemos recordar que, desde el advenimiento de la modernidad, el científico dejó de ser un excéntrico sospechoso para convertirse en una figura de autoridad. Y la ciencia dejó de ser un entretenimiento de élites, para convertirse en base fundamental de la educación, el derecho y la sociedad. La lingüística no escapa de esto. Aunque a veces se vea la lingüística como un culto misterioso que se enreda en discusiones bizantinas dentro de los institutos de investigación filológica, la verdad

es que hace rato que la ciencia lingüística ha penetrado en los más diversos aspectos de la sociedad: en la educación, el periodismo, la publicidad, en las tecnologías de la información, y en el más reciente ejemplo, un lingüista ha subido a los estrados para declarar como perito en uno de los casos judiciales y políticos más importantes de la escena nacional. De manera que, queridos estudiantes, la lingüística, como el lenguaje, está presente en sus vidas. Yo que ustedes, trataría de informarme más sobre el asunto.

llaverde2@gmail.com

•



Luisa T. Arenas conversa sobre la cotidianidad de la lingüística basada en la premisa de que somos seres lingüísticos

Somos seres lingüísticos

Luisa Teresa Arenas Salas



Me apropio del título del artículo de Manuel Velandia Mora (2013), "Somos seres lingüísticos", para iniciar esta presentación en el conversatorio denominado *Lingüística: ciencia y cotidianidad*, una de las actividades del programa de la *Semana Extraordinaria de la Escuela de Idiomas Modernos*.

Y nada más cotidiano (ordinario) en todo ser humano que el **lenguaje**, entendido como la facultad humana para comunicarse. Somos seres lingüísticos porque poseemos una **lengua** que adquirimos desde que estamos en el vientre materno y durante nuestros primeros meses de existencia, en los que nos comunicamos con un prelenguaje plagado de elementos paralingüísticos, mientras vamos creando la plataforma lingüística de la que será nuestra lengua madre, hasta que la ponemos en práctica en la famosa y rutinaria primera palabra que pronunciamos frente al referente en cuestión: bien sea "mamá" o "papá"... Somos seres lingüísticos porque hablamos (**habla**) en contextos diferentes de acuerdo con nuestras experiencias, conocimientos, ideologías, cosmovisión del mundo, actitudes, estados de ánimo...

La emocionalidad en la comunicación, parafraseando a Velandia, moldea la forma y la manera en que vemos el mundo, el pasado y el futuro, y determina la comprensión de sentidos. El contexto en el que se encuentra el individuo influye en la manera de interpretar el significado en cuestión del enunciado.

He ahí reflejada la lingüística como ciencia en sus conceptos fundamentales: lenguaje, lengua y habla, según el llamado padre de la lingüística, Ferdinand de Saussure, que decidió escoger la lengua (el sistema) como base de su

estudio, dejando para una ciencia más amplia el significado (la semántica) y la posibilidad de una ciencia que estudiara los signos “en el seno de la vida social”, es decir, desde la perspectiva del habla (la pragmática). A esa ciencia la llamó semiología y, hoy en día, la conocemos (sin mucha profundización que las diferencie) como semiótica, la ciencia que estudia los signos tanto lingüísticos como los no lingüísticos.

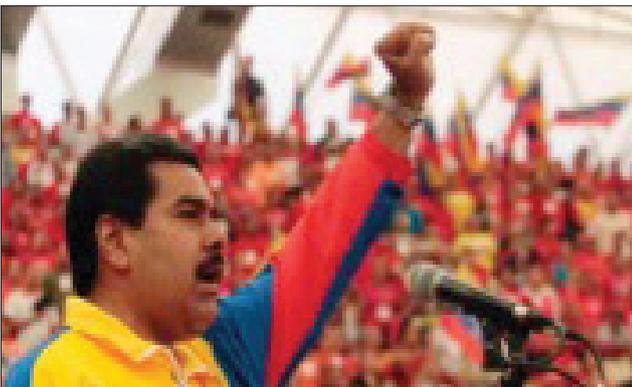
Por ello, dada esa amplitud, es con base en la concepción ontológica como seres lingüísticos que somos, como seres de palabras en contextos distintos, desde donde me gusta enfocar el estudio de la lingüística en mis clases en la EIM con estudiantes del segundo año. Parto de la percepción saussureana que define la lingüística como la ciencia que estudia *la lengua, el código, el sistema* (fonética, fonología, morfología, sintaxis, semántica, léxico), pero presentada desde la perspectiva del habla (escuela funcionalista), al incorporar la disciplina pragmática y los estudios del discurso. La lengua estudiada desde su uso particular y cotidiano en situaciones distintas (un aquí y un ahora), por hablantes concretos distintos, desde su propia manera de ver, interpretar y emocionarse frente al mundo (Velandia, 2013). El estudio del texto y el discurso entran en juego en el aula, a partir de situaciones reales de comunicación. Como demostración de lo anterior con respecto a la *ciencia* lingüística, en esta presentación introduzco la *cotidianidad*, el otro concepto que encierra el título del conversatorio, con muestras seleccionadas de nuestro contexto histórico político, social, que como recursos didácticos, ilustran los planteamientos anteriores: lo que escuchamos en los medios, lo que vemos en las calles, lo que leemos en Facebook, lo que nos llega por WhatsApp (“guasó”), en el marco de la ciencia lingüística.

1. Lo que escuchamos en los medios

Nada más ilustrativo que la expresión lingüística “como sea” en boca del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, en relación

con el cercano proceso electoral de los diputados de la Asamblea Nacional que se iba a realizar en el mes de diciembre de 2015. El “tenemos que ganar como sea” tiene más de una lectura.

Llevar esta frase al aula permite, por ejemplo, en Lingüística II, la introducción de la disciplina pragmática, definida como el estudio de la lengua desde la perspectiva del habla, es decir, del uso que los hablantes hacemos de la lengua y su



interpretación de acuerdo con “el escalón” en que los escuchas (destinatarios) se encuentren y su emocionalidad ante lo que se dice y lo que se comunica.

“Tenemos que ganar como sea” fue el acto locutivo de Nicolás Maduro que disparó la discusión entre un acto de habla ilocutivo directivo: una amenaza, hasta un acto de habla ilocutivo expresivo: una expresión de amor. La infinidad de interpretaciones en los medios obligó al propio emisor de su “como sea” a hacer aclaraciones por conveniencia política y nos llevó a ver videos “institucionales” de tonos diversos con actos ilocutivos variopintos.

Así, en la presentación, nos relacionamos en las tres láminas que siguen con las opiniones en los medios:

Lo que escuchamos en los medios

...COMO SEA

¿Qué importa más: lo que se dice o cómo se dice?

El “tenemos que ganar como sea” tiene más de una lectura

Para la analista Mariana Bacalao, que la frase provenga del jefe de Estado tiene una connotación muy amenazante

“Hacer lo que sea es ir más allá de los límites, de la ley, porque además no es sólo lo que se dijo, sino quien lo dijo que es el presidente de la República, el representante de un Gobierno que se caracteriza por el uso de la fuerza y que además es avasallante”, puntualizó.

Saúl Ortega, coincidió en que el “como sea” es un llamado a la fuerza movilizadora del Psuv y sus aliados.

Nimer Evans calificó la expresión “tenemos que ganar como sea” de torpe y muy ambigua, pues puede contener lo bueno y lo malo, lo legal o lo ilegal. “Es una frase desesperada, inadecuada. Parece que el presidente usa esto como una estrategia para insinuar medidas extremas que luego recoge.

“No son frases con objetivos políticos, sino con una visión pragmática”, aseveró.

Tibisay Lucena consideró que parte de un discurso del presidente Maduro a sus adeptos para que vayan a votar a pesar de las condiciones que haya.

Maduro llamó a la calle, “pero con amor”.

2. Lo que vemos en las calles

Grafitis, afiches, vallas, infografías..., textos ilustrativos plagados de mensajes e intenciones diversas que permiten ilustrar contenidos teóricos como: conocimientos previos, implicatura y explicatura, presuposición, ostensión, inferencia, relevancia, temas teóricos que permiten la interpretación de los textos. Por ejemplo, el afiche que vemos a continuación en el que se lee: “Píntale una... a la guarimba”, enmarcado en la imagen de una paloma.



Y un posible diálogo profesora-alumnos:

—¿Qué le pintamos?

—“Una paloma”, profesora

—¿Y qué significa paloma en ese contexto? ¿Qué imagen les viene a la mente?

Y así estudiamos la *polisemia* (concepto semántico) de la palabra paloma en ese *cotexto* y, obviamente, en el *contexto* político en que se publicó el afiche, por cierto, ingenioso y rico en interpretaciones diversas.

—¿Una palabra (paloma) o una locución verbal (pintar una paloma)? Por aquí van los tiros en la identificación de la expresión lingüística a la que nos enfrentamos. Un problema lexicográfico.

Y dejo una pregunta para que el público presente la respuesta:

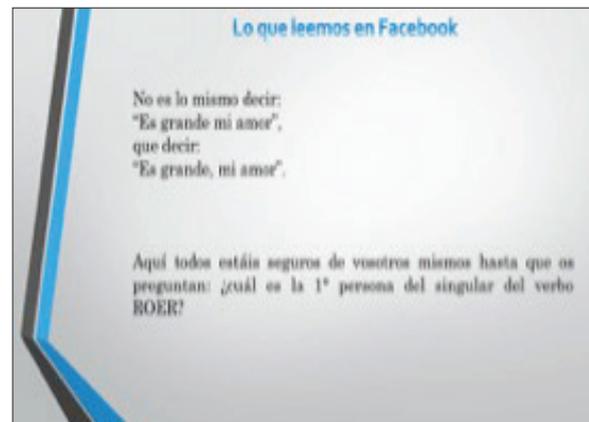
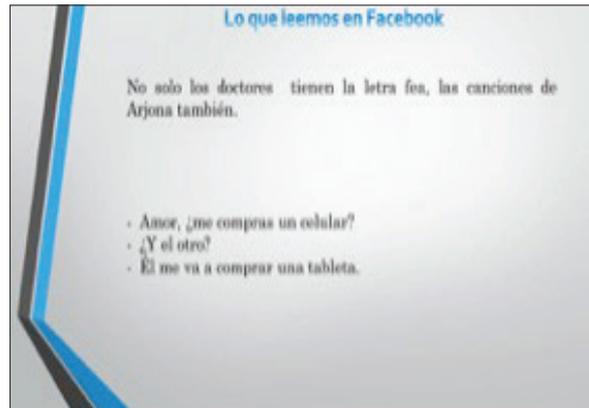
—¿Qué acto de habla ilocutivo implica el texto? ¿Un insulto? ¿Un llamado a la paz? [pah pah pah] como reitera encadenado el presidente en sus alocuciones.

3. Lo que leemos en Facebook

Esta red que nos permite socializar con infinidad de “amigos” conocidos y desconocidos, nos ofrece textos en los que los autores se apropian de la lengua para jugar con ella y esos “juegos lingüísticos” son excelentes recursos para

reflexionar sobre la lengua poniendo en práctica la función metalingüística del lenguaje. Partiendo del texto mismo nos preguntamos:

- ¿Qué se dice y qué se comunica en cada uno de los textos?
- ¿Cuál es la palabra clave en cada uno de ellos?
- ¿Qué estereotipos se manifiestan?
- ¿Qué es lo ambiguo en el texto?, ¿cómo lo desambiguamos?



Público activo y la onomatopeya de la risa en el ambiente [ha ha ha]

Por supuesto, las risas a medida que muestro y leo cada texto, demuestran comprensión. El aprendizaje se construye con más facilidad, a partir de la práctica y nada más pertinente para ello que usar como recurso textos auténticos que nos hacen reír, sí, pero activan de inmediato el conocimiento teórico leído en los materiales de estudio, quizás "memorizado" (sin comprensión), pero solidificado y construido el aprendizaje a partir de la reflexión práctica y la aplicación teórica lingüístico-pragmática que el facilitador promueve.

El especialista en lenguas debe ser curioso. Si lee en Facebook el último texto de la lámina anterior, esa pregunta sobre el verbo *roer*, la curiosidad como estudiante de lenguas debe llevarle a inquirir la respuesta, y, mucho más, si se la presentan en el aula.

—La 1ª persona del singular del verbo irregular ROER, según el modelo de la conjugación española del mismo es: “roo o roigo o royo” (DRAE, 2016: 1577).

Y una interrogante más asociada a la cotidianidad:

—¿Es de uso frecuente esta forma? ¿Sí o no? ¿Por qué?

4. Lo que nos llega por WhatsApp



El gesto vale más que mil palabras.

El muérgano de la ilustración en el texto, sin pronunciar palabras, nos ha comunicado su “pecado”. El chiste es un texto auténtico rico en connotaciones para demostrar contenidos lingüísticos. Textos de la cotidianidad ideales para ser usados como recurso para estudiar lingüística, para enseñar lenguas con fines eminentemente comunicativos.

Esto sin pasar por alto la caza de gazapos en los textos escritos: la ausencia tanto de la mayúscula en “supiste” como del signo de interrogación de apertura en el sistema ortográfico del español.

Conclusión

La lingüística es la ciencia del lenguaje en el que habitamos los humanos por ser seres lingüísticos. La lingüística es una ciencia dura, muy compleja por su abstracción en los temas que estudia, los cuales se facilitan a los estudiantes si humanizamos su estudio yendo de la teoría a la práctica y viceversa, quizás incrementando lo práctico a partir de los usos reales de la lengua.

Nuestras experiencias se realizan desde el lenguaje y, a través de él, damos sentido a nuestra existencia. La lengua nos permite generar mundos, futuro, nuevas realidades; por lo tanto, no debe ser estudiada y analizada solo de manera independiente (lingüística general), sino que hay que tener en cuenta

para ello el uso que se le da a la misma tal como lo ha planteado la escuela funcionalista y lo estudia la disciplina lingüística denominada pragmática.

En fin, para cerrar mi participación en el conversatorio, la lingüística es **ciencia** y se alimenta de la **cotidianidad** de los seres hablantes para sus investigaciones.

ue.eim.ucv@gmail.com

La lengua cotidiana es la lengua

Edgardo Malaver



Buen profesor e insigne padre: Edgardo Malaver y su hija, Ana María Malaver Pacheco

La gente dice que no sabe nada de lingüística, es decir, de la ciencia de la lengua. Muchos parecen creer que es cosa del otro mundo, algunos ni siquiera deben haber oído el término. Sin embargo, toda la gente se pasa el día utilizando, y utilizando bien, la lengua y mil conceptos que provienen de la lingüística, que no existirían si no fuera porque la ciencia nos los ha dado.

Es como con la matemática —en realidad con cualquier ciencia—, muchísimas personas creen que la matemática, los números, las relaciones

aritméticas son imposibles de entender, pero casi todos hacen todo el tiempo afirmaciones como “Yo soy magallanera al cuadrado”, “Fulano se fue por la tangente”, “El orden de los factores no altera el resultado”. No sé nada de medicina, pero nadie me quita de la cabeza que las infecciones se contrarrestan con antibióticos. No sé nada de física, pero sé que todo lo que sube tiene que bajar. Al final es más o menos lo mismo con la lingüística. No hace mucha falta conocer siquiera los números para hablar así, como no hace falta saber leer ni escribir para utilizar bien tantos conceptos que tienen fama de complejos.

Veamos algunas cosas que dice la gente y el sector de la lingüística en que, sin quererlo, incursionan:

- Aquí se hace lo que yo digo y punto (puntuación)
- No hay palabra mal dicha sino mal interpretada (semántica)
- Vamos a poner los puntos sobre las íes (ortografía)
- Me lo contó todo con puntos, comas y acentos (puntuación)
- No sabe ni la o por lo redondo (ortografía)
- No es lo que dices sino cómo lo dices (pragmática)
- Sus palabras tienen mucha ilación (redacción)
- Lo demás es cuestión de semántica (sintaxis)
- ¡Pronuncia bien! (fonética)
- No me gusta su acento (fonética)
- Cocina bien y tiene la letra bonita (caligrafía y semántica)
- A palabras eléctricas, oídos desenchufados (pragmática)
- Tiene un verbo incendiario (morfosintaxis)
- Esa palabra no está en el diccionario (lexicografía)

Acento, adjetivo, apóstrofe, artículo, aumentativo, barbarismo, carácter, coma, concordancia, conjugación, desinencia, dialecto, diminutivo, discurso, esdrújula, frase, gerundio, gramática, guion, habla, idioma, lengua, lenguaje, letra, mayúscula, minúscula, oración, palabra, participio, plural, pluscuamperfecto, predicado, preposición, pronunciación, redundancia, significado, sílaba, singular, sujeto, sustantivo, tilde, verbo, todos estos son conceptos científicos que la gente usa todos los días. Los lingüistas no han inventado nada, entonces. Todo proviene de los hablantes, que según García Lorca son los grandes poetas de las lenguas.

Es tan cierto que la creación es un territorio exclusivo e inalienable de la gente que habla una lengua, que es justamente esa la razón por la que las palabras tardan tanto en llegar a los diccionarios. Los lexicógrafos no inventan palabras para que la gente las use. Los lexicógrafos son científicos y, como científicos, al *observar* el fenómeno de la aparición de palabras nuevas, comienzan, siguiendo el método científico, la acumulación de evidencias que darán como resultado la inclusión (o no inclusión) de la palabra nueva en el diccionario. Pero las palabras son inventadas por la gente, es decir, que es la gente quien sabe de la lengua. Se me ocurre, para dar algún ejemplo, un grupo de palabras que proviene de la capacidad creativa de la gente:

alicaído	cariacontecido
cejijunto	bigoticano
pegiagudo	botellivació
manirroto	bolsillicerrado
boquiabierto	carirrisueño
maniatado	pedipequeño
ojicerrado	petirrojo
cachetigordo	cabizbajo
camisiblanco	cabizcalvo

Como todos dedujeron ya, son palabras compuestas, que se forman por la unión de otras palabras preexistentes, algunas veces con una ligera transformación: un sustantivo (*ala*, por ejemplo) terminado en *-i-* más un adjetivo o participio verbal (*caído*). El resultado de esa operación, que se hace sin esforzarse en pensar, es *alicaído*, la imagen de un *ave que tiene las alas caídas*, es decir, alguien que está triste, desanimado, como un pajarito que no tiene fuerzas para volar. Lo fascinante de esta composición es que termina comunicándose todo ese significado en una sola palabra.

No hay por qué pensar que, como esas palabras ya existían cuando nacimos, en realidad no estamos siendo creativos. Basta con acordarse del personaje de la *Peliteñida* de la telenovela *Yo soy Betty, la fea*, para saber que no. En otras palabras, cada uno de nosotros puede crear sus propios adjetivos a partir de esa estructura: alguien que tiene los ojos azules puede describirse como *ojiazulado*; una cosa que tiene apariencia de piedra puede ser *petriparecida*. Un animal que se comporta como un perro con rabia será *canirrabioso*.

Eso no es todo, sin embargo. Los hablantes de una lengua pueden siempre convertir una palabra cualquiera en sagrada, prohibida agresiva, cariñosa, despiadada. Sin pedirle permiso a nadie, sin pensar que no saben cómo hacerlo. Esa libertad cotidiana no necesita del conocimiento científico de la lengua, sino que, una vez que da frutos, se convierte en objeto de estudio de la lingüística. El ciudadano común que adopta la palabra *pana* para llamar a los amigos no necesita aprobación de los académicos ni conocimiento teórico sobre los calcos ni los préstamos que las lenguas se hacen entre sí. Con tranquilidad se puede decir que ese ciudadano *sabe* lo que se necesita saber para que su cotidianidad lingüística sea armoniosa, efectiva, incluso productiva.

Igual sucede con quien construye las palabras *sabelotodo*, *nomeolvides*, *hazmerreír*. Sabe lo suficiente (que es mucho) para atribuirle, como nombre, a

un objeto o a un ser toda una oración que expresa una sensación, un deseo, una actitud que solo tiene él mismo, el que la nombra. Puede ser que no conozca el concepto de compuesto oracional, pero el hombre del pueblo es capaz de crear hoy, aunque algunos autores digan que estas son construcciones antiguas, nombres nuevos como *peoresnada*, *tiramealgo*, *comeicalla*.

También existen objetos que tendrían que haber recibido nombres ideados por sus inventores pero parecen de lo más cotidianos: *rompeolas*, *pasamanos*, *matacucarachas*. Puede ser cierto que muchos no sepan nada de gramática, pero saben poner nombres a esas cosas y son muy habilidosos. Los estudiantes de lenguas pueden deducir fácilmente: verbo en presente indicativo de tercera persona singular más sustantivo en plural, pero el hablante común es el que ha tenido el genio de crear esas palabras.

Ya lo decía Alfonso Reyes: “En la pronunciación vulgar descubro los movimientos del lenguaje vivo, y en cada dislate de los palurdos persigo lo que podrá ser nuestra lengua culta del porvenir”. El saber lingüístico del pueblo, aunque no sea científico, está vivo, no se detiene y va construyendo la lengua de todos, porque, como agrega Reyes, “solo el populacho tiene el valor de innovar”. En palabras más breves, la lengua cotidiana es la lengua.

emalaver@gmail.com

Finalizado el simposio sobre TGD se hace imperecedera esta imagen de participantes en el evento: de izq. a der., Daniel Avilán, Sydnee Peña, Leonardo Laverde, Dubraska Machado, Luisa T. Arenas y Andrés Núñez

